

# **Resistencias al higienismo dictatorial desde la memoria marica en *Mapocho* de Nona Fernández.**

María de Guadalupe Huesca González<sup>1</sup>

## **Resumen**

El higienismo como obsesión social de las dictaduras ha sido abordado por autoras como Guitelman (2018) a través de los contenidos de la revista *Billiken* durante la dictadura argentina. Este higienismo se refería a un ideal de limpieza y de salubridad corporal que se fusionaba con una preocupación por la limpieza y salubridad social caracterizado por representaciones de niños y adultos “que lucen prolijamente pulcros” (p.317) así como el uso de metáforas bélicas mezcladas con las biológicas como la “guerra contra las caries” pero también la “necesidad de extirpar los elementos anómalos del cuerpo social” (Idem).

Tomando como disparador la visión higienista que caracteriza a las dictaduras, analizaremos el capítulo III de la tercera parte de *Mapocho* de la chilena Nona Fernández (2002) en tanto proyecto simbólico (marica, de resistencia) que busca oponerse a la monopolización del pasado (higienista, dictatorial).

En este sentido, Fernández enfrenta la hegemonía “que borra las huellas de los y las vencidas” (Ciriza 2015: 86) haciendo uso de una memoria reconstruida que busca denunciar y resistir frente a lo que Pedro Lemebel ilustró en su Manifiesto como “Ese año que la Comisión de Derechos Humanos no recuerda”.

---

<sup>1</sup> Licenciada en Relaciones Internacionales del Instituto Tecnológico Autónomo de México, maestranda en Estudios Sociales Latinoamericanos de la Universidad de Buenos Aires. - [maria.huesca.ar@gmail.com](mailto:maria.huesca.ar@gmail.com)

## **Resistencias al higienismo dictatorial desde la memoria marica en *Mapocho* de Nona Fernández.**

*Mapocho* de Nona Fernández (2002) toma como pretexto el río Mapocho para presentarnos “un relato cíclico que parece decirnos que todo es como siempre, y que vagamos condenados de un siempre a otro siempre.” (pos 47) El Mapocho no sólo es símbolo de un hechizo histórico donde se apilan cadáveres a través de la historia, sino también una reflexión acerca de qué especie de autorretrato nos devuelve el Mapocho cuando nos miramos en él. Es un retrato que produce rabia y es un retrato que pretende ser “el antídoto que nos ayude a romper, de una vez y para siempre, el hechizo de mierda.” (pos 96)

Hilado en una serie de pasajes históricos y dolorosos de la historia chilena donde se presentan conquistadores y conquistados, vencedores y vencidos, torturadores y torturados, nos concentraremos en el capítulo III de la tercera parte titulada “Padres y huachos”. Se refiere a un episodio de la historia chilena del que diversos autores insisten no existen pruebas, y que inspiró también la obra teatral *La Huida* (2001) de Andrés Pérez, donde se aborda el “fondeamiento” de hombres y mujeres de las disidencias sexo-genéricas durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo. La práctica de fondeamiento consistía en apresar principalmente homosexuales para llevarles a Valparaíso, desde donde eran embarcados y lanzados al mar con piedras atadas a los pies.

En su *Manifiesto*, Pedro Lemebel (1986) se refiere a este episodio de esta forma:

¿Qué harán con nosotros compañero?  
¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos  
con destino a un sidario cubano?  
Nos meterán en algún tren de ninguna parte  
Como en el barco del general Ibáñez  
Donde aprendimos a nadar  
Pero ninguno llegó a la costa (en línea)

Este capítulo nos permite reflexionar sobre el amor y la memoria marica como resistencia ante el higienismo dictatorial.

Para describir en qué consiste el amor marica, Paul Preciado (2019: 55) nos presenta el caso de Jean Genet, quien “trataba a sus amantes como si fueran sus hijos, pero hijos-sin-padre.” Para él, los vínculos filiales a los que nos acostumbró la mitología griega, el derecho romano y los códigos eclesiásticos son relaciones de sangre y leche. La sangre como el derecho del padre a asesinar a sus hijos e hijas -y a su esposa- y la leche; como el seno nutricio de la madre para sus hijas e hijos.

De esta forma, quedaron establecidas relaciones soberanas de sangre y de leche, encarnadas no sólo en la familia, sino en el Estado (al que Preciado se refiere como “nuestros propios políticos” (57). En contraste, el amor marica que profesaba Genet es una resistencia al patriarcado entendido como “el derecho del padre -del marido, del novio, del amante- a utilizar de forma legítima la violencia como modo de relación política y económica con el otro.” (56) A la sangre, nos dice Genet, opone el robo porque forzaba a sus amantes a extraer “maletas, libros o chaquetones” (57) a lectores distraídos; y a la leche, opone la literatura a través de conversaciones, lectura de poemas e invención de soliloquios. De este modo, a la sangre que violenta los cuerpos, se presenta la alternativa del robo que perturba a los objetos (y quizás a sus dueños) y a la leche que nutre los cuerpos, se presenta la literatura que alimenta los espíritus. En palabras de Preciado: “que los hijos no se hacen ni con sangre ni con leche, sino con teatro o, como le gustaba decir a Genet, en el circo, y que no es en el sexo, sino en la poesía y en el robo, donde reside la dimensión pasional del amor marica.” (57)

El amor como constructor de relaciones filiales nos permite ofrecer una base para observar cómo entiende el Estado las relaciones filiales que construye, aprueba o desaprueba, fomenta o reprime. Autores como Garrido (2016) y Carvajal (2019) han señalado la importancia del discurso estatal pro familia tradicional formada por padre, madre e hijos, promovido por la iglesia católica, pero también asumido por las dictaduras militares del cono sur para la justificación de la violencia contra las disidencias sexo-genéricas. Más aún, la dictadura también “impuso un discurso militarista-patriarcal que exagera las identificaciones viriles a la retórica de mando.” (Carvajal 2019: en línea) No es casualidad que este capítulo quede ubicado dentro del subtítulo “Padres y huachos”. Recordemos que “huachos” se refiere a los

hijos sin padre, descendientes ilegítimos o fuera del matrimonio. (Biblioteca Nacional de Chile s/f)

Dentro de este orden de ideas, las dictaduras también han dado muestra de una obsesión social por la higiene. El higienismo dictatorial, aborado por Guitelman (2018) a través de los contenidos de la revista *Billiken* durante la dictadura argentina, se refería a un ideal de limpieza y de salubridad corporal que se fusionaba con una preocupación por la limpieza y salubridad social caracterizado por representaciones de niños y adultos “que lucen prolijamente pulcros” (317) así como el uso de metáforas bélicas mezcladas con las biológicas como la “guerra contra las caries” pero también la “necesidad de extirpar los elementos anómalos del cuerpo social” (*Idem*).

Ante la monopolización del pasado higienista dictatorial, Fernández presenta en *Mapocho* una alternativa a partir de la resignificación del amor en su vertiente marica, como lo planteara Paul Preciado.

En el pasaje que aludimos de *Mapocho*, el coronel Ibáñez, nuevo “padre” de la casa que es Chile es caracterizado como un higienista que un día decide entrar a la pieza color rosa de las locas. En esta pieza, las maricuecas lo bañan, lo perfuman, lo visten con bata de seda y tacos altos, lo maquillan y le colocan una peluca rubia platinada y bailan al son de las *Boquitas pintadas* de Gardel. Cuando los guardias entran a la habitación y lo descubren, éste les ordena llevarse a las locas con destino al “Más Afuera”, un lugar del cual la única certeza es que nadie regresa.

Desde el inicio de este pasaje de *Mapocho* se observa la cuestión del padre y el orden. Nos dice Nona Fernández (2002) que “Chile era una casa vieja, larga y flaca como una culebra” (pos. 1714) con un “padre de turno” que desapareció en los milnovecientosveintitantos y que a partir de ese momento “la casa era un caos”. Para remediar el descontrol, aparece un nuevo padre: “un miliquito bigotudo” (pos. 1730), el coronel Ibáñez. Este coronel, el nuevo padre, es caracterizado como alguien que cree en la mano dura. “Maniático del orden y la limpieza”, Ibáñez encarna el higienismo:

Le gustaba barrer y había días enteros que se pasaba sacando pelusas, amontonando mugre, desbaratando telarañas. Llevaba una escoba por sable y con ella amenazaba a todos los que no lo ayudaban en su misión higiénica. El parque

de los pasillos debía relucir, los vidrios tenían que resplandecer, los wáteres y lavatorios tenían que cegar con su blancura. La casa debía brillar desde la mampara hasta la pandereta trasera del patio. (pos. 1745)

Posee, además una guardia secreta de “buenos aseadores, hombres de confianza dotados de una inigualable vocación higiénica.” (pos. 1757)

En su encuentro con los maricas, el coronel Ibáñez es desnudado con toda delicadeza para meterlo a bañar:

Lo desprendieron de su gorro, de su escoba, de su uniforme entero y luego lo metieron en una tina de agua caliente llena de espuma y de esencias. Al agüita coronel. Dicen que con esponjas lo sobajearon y con champús de alelí le removieron sus pelos y sus bigotes. [...] Las locas lo refregaron suavemente con sus toallas hasta secarle todas las presas. Luego le encremaron el cuerpo y lo llenaron de talcos con olor a rosa y jazmín. Los pelos se los peinaron con cuidado para cubrírselos con una malla. Y cuando ya estuvo lista esta primera etapa, entre todas lo llevaron en brazos hasta una silla frente al espejo y comenzaron la labor de vestirlo. (Pos 1807-1812)

En este fragmento sucede una reconfiguración del baño que inicialmente era un símbolo de higiene y que ahora se ha transformado en un elemento amoroso de cuidados. El gorro, la escoba y el uniforme son desplazados y en su lugar se nos presenta el agua caliente, la espuma, las esencias, las esponjas, los champús de alelí, las toallas, las cremas, los talcos con olor a rosa y jazmín y el espejo. Es de destacar la figura del espejo, porque dialoga con la idea de que el *Mapocho* es un espejo donde nos podemos mirar, un espejo turbio, poblado de cadáveres.

En esta pieza donde habitan los maricas -que es rosa y no blanca como quisiera el higienista Ibáñez- se nos presenta un nuevo modo de relación filial que se opone y cuestiona el derecho violento del padre, encarnado por el coronel. La cuestión no ocurre por amor en sí, es decir, no hay una relación de amor entre Ibáñez y ellas; sino por la capacidad de relacionarse

amorosamente de las locas, o si se quiere, su *incapacidad* de relacionarse de forma violenta. Pedro Lemebel (1986) lo decía así en su *Manifiesto*:

¿Tiene miedo que se homosexualice la vida?

Y no hablo de meterlo y sacarlo

Y sacarlo y meterlo solamente

Hablo de ternura compañero (en línea)

Los objetos juegan un papel indispensable, como lo hacían los objetos robados en el amor marica de Genet. Se trata de objetos que cuidan, que perfuman. Cuando llevan al coronel en brazos frente al espejo, lo llevan desnudo y le dan la oportunidad de mirarse. Vienen después los objetos que adornan y embellecen. Ya antes se nos había advertido sobre las maricuecas, que “tenían un espejo grande donde pasaban horas enteras maquillándose y emperifollándose, y un ropero enorme lleno de vestidos, boas de pluma y zapatos de tacón” (pos 1782). Al coronel lo visten con un calzón de encaje negro, un sostén, un portaliqas color lila, medias caladas, una suave bata de seda, un par de zapatos de charol rojos de taco muy alto. Luego lo maquillan con sombra, rouge, colorete y “un lunar coqueto en la comisura del labio.” (pos 1817) Finalmente lo “coronan” con una peluca rubia platinada.

Después de la transformación, el coronel pide música y comienza a bailar.

Es en este momento que nos damos cuenta que no hay contradicción alguna ni milagro posible: el coronel sigue siendo el dictador higienista y las locas, un objetivo más de su “campaña de limpieza profunda” (pos 1786). Vemos en la misma frase que el coronel “barría y bailaba”, “limpiaba y cantaba”, “meneaba su potto y sus tetas postizas bajo la bata, y barría y barría compulsivamente como siempre lo hizo” (pos 1823) capaz de adoptar por un momento el disfraz sin realmente transformarse.

Cuando la guardia llega, descubren al coronel “meneando el potto y barriendo como enfermo mental al ritmo de Gardel.” (pos 1827) El disfraz desarmado vuelve a mostrar quién es Ibáñez: “la peluca desarmada, la bata completamente abierta”. Nuevamente se aferra a su escoba y camina “como un macho, seguro, firme, sin vacilar en ningún momento” (pos 1834) a pesar de los tacones altos, que lleva puestos todavía. Es sentado frente al espejo que da la orden de llevarse a las locas, “sin mirar a nadie más que a su propia figura en el reflejo” (pos

1836). Recordemos que el coronel ya se había mirado antes en dos ocasiones: primero desnudo, recién bañado y perfumado; y luego emperifollado, maquillado y coronado con una peluca. El coronel permanece ahí toda la noche, “afirmado de su escoba.” (pos 1846) ¿Cuál es el reflejo fiel del coronel y cuál es distorsionado? Aunque le gusta mirarse empelucado y maquillado, tiene la obsesión de aferrarse a su escoba.

Por su parte, en las maricas no hay contradicción, permanecen fieles a sí mismas aún en medio de la tragedia cuando las están llevando los milicos: “trataban de echarse una manito de gato, de maquillarse los ojos, de afeitarse siquiera, pero era tan difícil entre tanto tironeo”. Salen a la luz nuevamente los objetos que adornan: “un par de pilchas” que tratan de empacar y relucen otros cargados de significados: “sacaban sus fotos y santos de las paredes” (pos 1838).

Hay un contraste entre un coronel que se disfraza y unas maricas que son siempre ellas mismas. Nos recuerda a Lemebel, nuevamente en su *Manifiesto*: “No soy un marica disfrazado de poeta / No necesito disfraz / Aquí está mi cara / Hablo por mi diferencia / Defiendo lo que soy”

Terminado el episodio, Nona Fernández nos advierte que hay otra versión de la historia: “Muchos dicen que esto sólo es un invento malintencionado” (pos 1850). Nos comparte entonces la versión corta donde el coronel nunca se viste de mujer “como un maricón”, sino que se estaciona frente a la pieza rosa, llama a su guardia y se llevan a las locas al tren. Pero para entonces ya leímos la otra extensa versión. El coronel no sólo fue ridiculizado, porque un dictador higienista y macho como él no soporta la transgresión marica ni siquiera en la memoria de sí. En el camino, Fernández nos dio un vistazo sobre otra forma de relacionarse, de ser y de amar, propia del amor marica que resiste y se opone al poder patriarcal.

El final de la historia, en una u otra versión, pareciera el mismo: las locas en un tren con destino al puerto, desapareciendo en medio del camino. Vemos sus cuerpos adornados hundirse y sus objetos desaparecer:

Sus cuerpos de colores. Vestidos de floreado, de lunares. Maletas abriéndose bajo el agua, dejando a merced de la corriente los zapatos, las medias, los guantes, las pelucas, las boas. Trapos sobre trapos. Todos bailando al compás del mar,

mecidos por las aguas. Los cuerpos de las locas reuniéndose en el corazón del océano. (pos 1857)

De nuevo los objetos y los cuerpos aparecen en una sintonía amorosa: bailan y se mecen, se reúnen en el corazón del mar.

Si bien se nos dice que “de los maracos nunca más se supo”, que “el tema se olvidó, se borró de las memorias y de los archivos a punta de escoba, y la vida en la casa siguió su curso” (pos 1858); también nos advierte que “el tren de las locas nunca dejará partir hasta que les den un hueco en la casa donde nacieron” (pos 1862). Y es quizás a través de este pasaje que Fernández comienza a abrir ese espacio. La autora enfrenta la hegemonía “que borra las huellas de los y las vencidas” (Ciriza 2015: 86) haciendo uso de una memoria reconstruida que busca denunciar y resistir frente al higienismo dictatorial, una de las múltiples facetas del patriarcado. Y no sólo eso, en el camino propone también una alternativa a las tradicionales relaciones filiales manchadas en sangre y leche. A un padre soberano con el poder de dar muerte a sus hijas ciudadanas, le hacen frente los cuidados, los colores, los adornos, el baile. A un amor autoritario e higiénico le hace frente un amor tierno y marica.

## Bibliografía

- Biblioteca Nacional de Chile (s/f). “huachos”. Recuperado de: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-96008.html> [30 de marzo 2022]
- Carvajal, Fernanda (2019). “Pasados suspendidos. Estrategias represivas y tecnologías biopolíticas sobre las disidencias sexo-genéricas durante la dictadura de Augusto Pinochet en Chile” *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia*. Universidad Nacional de Rosario. Recuperado de: <http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas> [30 de marzo 2022]
- Ciriza, Alejandra (2015). “Construir genealogías feministas desde el sur: encrucijadas y tensiones” en *Millcayac Revista digital de ciencias sociales*, vol. 2, No. 3, Mendoza: UNCuyo.
- Fernández, Nona (2002). *Mapocho*. Edición Kindle.
- Garrido G., Juan Carlos (2016). “Historias de un pasado cercano. Memoria colectiva, discursos y violencia homo-lesbo-transfóbica en la dictadura militar y transición democrática en Chile.” Documento de Trabajo *ICSO No. 24*. Serie Jóvenes Investigadores. Santiago: Instituto de Investigación en Ciencias Sociales UDP.
- Guitelman, Paula Cecilia (2018). “Educar y entretener. La Revista ‘Billiken’ en los años de Dictadura” en Kaufmann, Carolina G. (dir.), *Dictadura y Educación. Tomo 3: Los textos escolares en la historia argentina reciente*, pp. 299-328
- Lemebel, Pedro (1986). *Manifiesto (Hablo por mi diferencia)*. Recuperado de: <https://latinta.com.ar/2016/09/manifiesto-hablo-por-mi-diferencia/> [20 de octubre de 2021]
- Preciado, Paul B. (2019). “Filiación y amor marica según Jean Genet”, *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Barcelona: Anagrama.